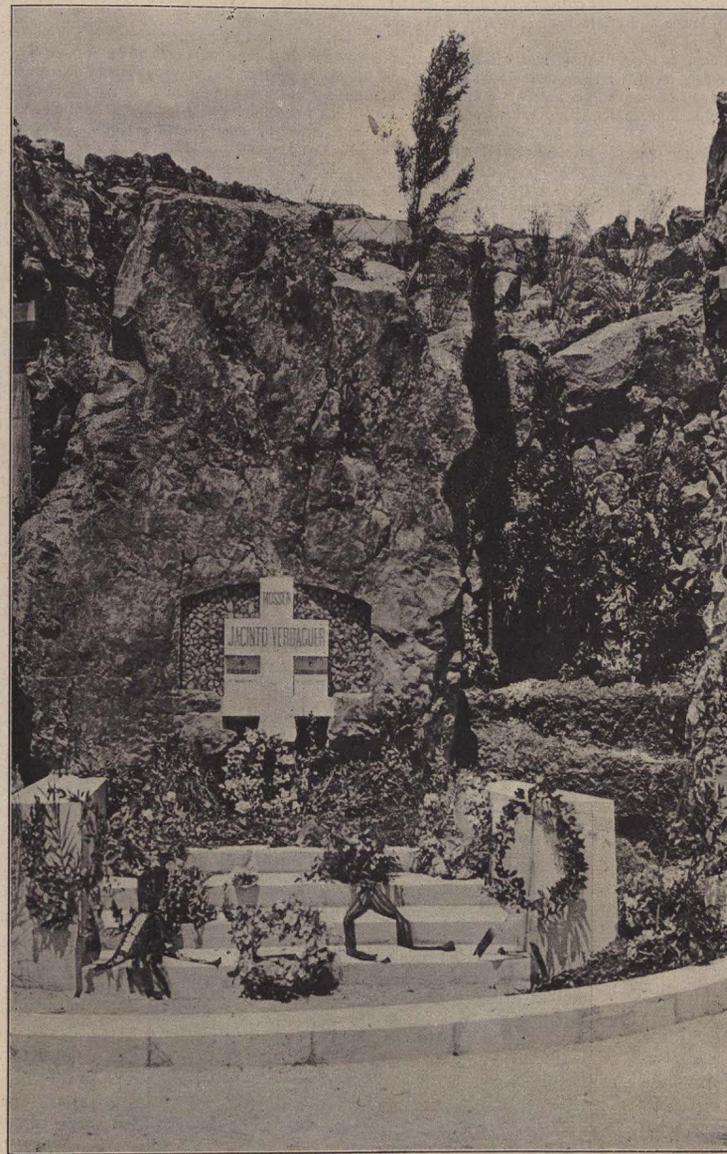




DE ATALAYA

¡ÚLTIMO TRIBUTO!



Fot. de A. Más.

TUMBA DEFINITIVA DEL EMINENTE POETA CATALÁN, MOSEN JACINTO VERDAGUER,
EN EL CEMENTERIO NUEVO

El acto de trasladar los restos mortales de Mosen Jacinto Verdaguer de la sepultura provisional al panteón construido á expensas del Ayuntamiento en el Cementerio del Sudoeste, resultó solemne.

Poco después de las cinco de la tarde del día 5 de los corrientes, salió de las Casas Consistoriales la comitiva, precedida de una sección montada de la guardia municipal y en la que figuraban el Ayuntamiento, presidido por el señor Cambó, en representación del Alcalde, muchas sociedades y centros importantes de esta ciudad y de varios pueblos.

La comitiva se dirigió al Campo santo, en donde esperaban los parientes y albaceas de Mosen Jacinto, la Junta de Cementerios, el «Orfeo Catalá» con la *senyera* enlutada y numeroso público.

Inmediatamente fué abierta la tumba en que yacía el místico vate y se sacó el ataúd, que se conservaba en buen estado, siendo trasladado

junto á la nueva tumba y colocado sobre una alfombra de follaje y de flores. El Reverendo capellán del Cementerio entonó un responso, y el «Orfeo Catalá» cantó el *Libera me Domine*, de Victoria. Se colocó después el féretro en la sepultura de nueva construcción, cuya vista acompañamos, y frente á la cual se alza una gran cruz de piedra de la montaña de Montjuich, con la inscripción: «A Mosen Jacinto Verdaguer» y las fechas y lugar del nacimiento y defunción.

El señor Cambó pronunció un sentido discurso de gracias y enalteció la memoria del insigne catalán, diciendo que sólo la naturaleza podía labrar sepultura digna, guardando sus despojos mortales aquel peñasco, tan duradero como el recuerdo, en la mente de los buenos españoles, de la grandeza que encierra.

LA FELICIDAD

ERA en tiempos lejanos. Doce caballeros cruzados decidieron esperar, en una isla desierta, la felicidad que les había sido prometida como premio de sus gloriosas hazañas.

En una pequeña colina de la isla y frente al mar edificaron un hermoso castillo en que reinaba el silencio, porque en el espíritu de cada caballero el crepúsculo tendía sus vaguedades indecisas y en sus mentes y en sus corazones la tristeza, como mariposa negra, batía pausadamente sus grandes y fatídicas alas.

Para ellos no tenía encantos la dulce primavera, ni el gorjear de las aves en el bosque, ni el correr de las ondas por los verdes llanos, ni la albura eucarística de los lirios y jazmines, ni las auroras rosadas con sus brisas frescas y saludables, ni el perfume agreste de las flores, ni el fulgor del astro nocturnal y sus titilantes compañeras, ni el vívido resplandor del sol que, como una gloria, bañaba con la bendición de su luz las bellezas tropicales de la isla.

Los caballeros, mudos y pensativos, mirando siempre hacia el mar, sentían las nostalgias de la vida, el vacío perenne del corazón, las inenarrables ansias de deseos insaciables, la aspiración perpetua á lo desconocido;—aspiración que vive dentro del sér humano y lo atormenta con su inmensa pesadumbre.

En el frontispicio del castillo habían grabado esta leyenda, que escribiera Heine en uno de sus más desolados *lieders*: *La esperanza es lo único que le queda al desdichado.*

Un día, al rayar la aurora, divisaron los caballeros un blanco bajel que navegaba á toda vela con rumbo á la isla. Ansiosos esperaron. ¡Tal vez fuera el portador de la felicidad prometida!

Al acercarse la blanca nave, sintieron dulces cantos que llevaban la embriaguez á los sentidos y la vieron tripulada por mujeres deliciosas, nacidas para la caricia y el arrullo, hechas para las horas encantadas de la dicha y del placer.

En la blanca bandera que flameaba en el gallardo mástil se leía: *Soy el Amor.*

Los caballeros, á la vista de las espléndidas mujeres, sintieron bullir su sangre generosa: eran hombres fuertes, jóvenes y robustos, los carnales apetitos bramaban como leones hambrientos dentro de su sér; pero supieron acallarlos, y la más honda tristeza abrumó de nuevo á los doce caballeros. No, no era esa la felicidad que esperaban.

Uno de ellos, el más valiente, el más esforzado, sobreponiéndose como un héroe á las voluptuosas inclinaciones de la carne, gritó con voz de trueno: *¡Pasad! ¡Pasad!* Y entonces, al alejarse el blanco bajel, pa-

recían elevarse de él unos como gemidos lastimeros, y las preciosas mujeres parecían llorar.

Luego, más tarde, vieron acercarse á la isla otra nave que brillaba como el sol y cuyas velas eran de púrpura de Tiro y cuya carga se componía de piedras preciosas, de perlas y de barras auríferas. La bandera que ostentaba en su arboladura de plata decía: *Soy la Riqueza.*

La voz del noble caballero, desde lo alto de la torre del castillo, volvió á tronar: *¡Pasad! ¡Pasad!*—Y al alejarse esa nave dorada parecían salir de ella como carcajadas irónicas.

El amor y la riqueza... ¡Bah!; bien sabían ellos, los caballeros cruzados, que la felicidad que ofrecen dura sólo *l'espace d'un matin*, como la rosa de Malesherbe!

Después, anunciado por el fuerte clarinear de trompetas heráldicas, se acercó á la isla otro bajel cuyo casco era reluciente como el oro y cuyas velas eran azules como el cielo. Su leyenda decía: *Soy la Gloria.*

Y en seguida llegó otra nave de gran porte, gallardamente hermosa, y cuyo lema rezaba: *Soy el Poder.*

Ambos bajeles se alejaron al momento ante el imperativo *¡Pasad! ¡Pasad!* del caballero cruzado. Entonces se oyeron maldiciones y denuestos salidos de las dos naves que se iban, que se alejaban de la isla.

¡Vanidad de cosas vanas! — exclamó uno de los doce caballeros, — y los demás asintieron con un gesto desdeñoso, volviendo á hundirse en el crepúsculo de las tristezas de la vida...

Una noche, solos con la esperanza, los caballeros, sentados en amplios sillones sobre la terraza del castillo, se dormían tristemente, bañados por la luz perlada de la luna. Entonces, cuando el sueño los había embargado por completo, llegó, sin ruido, en un pequeño y negro esquife, una mujer blanca, intensamente blanca, hermosísima y vestida con el albo ropaje de las desposadas. Subió, cual si tuviera alas, desde el negro esquife hasta la terraza del castillo. Traía para los caballeros el mismo don que otorgara la diosa Juno á Biton y á Cleobis, *el mayor bien que los dioses pudieran otorgar á los mortales.*

La blanca y hermosa mujer se acercó á los caballeros y á cada uno de ellos le dió un beso largo, muy largo, con el que le infundía dentro del sér la felicidad tan esperada y tan querida.

Los besó á todos, y se retiró en silencio, sin ruido, con la majestad y el aire de una reina triunfadora y feliz.

¡Era la muerte!

José CIBILS

Rosario de Santa Fe. (R. A.)



D. FEDERICO GÓMEZ MARISCAL

142

CON verdadera satisfacción insertamos en el presente número el retrato del Teniente Coronel don Federico Gómez Mariscal, Sargento Mayor de la Plaza de Barcelona, donde por su trato afable y distinguido, lo propio que por su caballeroso proceder tiene muy buenas amistades y numerosas relaciones; acompañando algunos apuntes biográficos que demuestran su importancia dentro de la milicia.

Nació en Jaén, el 19 de Agosto de 1851, ingresando muy joven (28 de Abril de 1869) en el arma de Infantería como soldado voluntario.

Su hoja de servicios es brillante. A poco de haber ingresado en filas tomó parte en los sucesos republicanos que tuvieron lugar en el distrito de Valencia; del 72 al 76, operó en persecución de partidas carlistas en Cataluña, Centro y Norte; el 86 y 97 asistió á las campañas del Río Grande de Mindanao y Luzón (Filipinas).

En el último día del pasado Junio cumplió 34 años, 2 meses y 2 días de servicios efectivos; y de éstos, 6 años, 4 meses y 6 días en

el empleo de Teniente Coronel.

Ha figurado en 36 hechos de armas y todos los empleos, á excepción del de Alférez, Teniente y Teniente Coronel, le han sido concedidos por méritos de guerra.

Por Real orden de 3 de Julio de 1876, fué declarado Benemérito de la Patria.

Ha desempeñado durante su carrera varias comisiones y se halla en posesión de las condecoraciones siguientes:

Dos cruces Rojas del Mérito Militar de 1.ª clase y una de 2.ª de la misma orden.

Cruz blanca del Mérito Militar de 1.ª clase.

Medalla de Alfonso XII con los pasadores de Cantavieja, Seo de Urgel, Santa Bárbara y Estella.

Medalla de la guerra civil de 1873 y 1874.

Medalla de la campaña de Luzón de 1896 á 1898.

Medalla de Voluntarios de Filipinas.

Medalla de Alfonso XIII.

Cruz y Placa de la Real y militar orden de San Hermenegildo.

Fot. de Napoleón. * * *

JULIO W. BAZ

(SILUETAS AMERICANAS)

Es nuestro biografiado un mejicano que hace honor á la República de donde es hijo. Desde sus más tiernos años conquistó en sus academias y colegios los lauros sobresalientes que su precoz inteligencia se merecía. En los bancos de la escuela, Julio W. Baz, comenzó á hacerse acreedor á una fama que con el tiempo se ha ido consolidando. Perteneciente á distinguidísima familia é hijo de uno de los grandes pedagógicos de Méjico, que cuenta hoy entre sus discípulos á la mayoría de los eminentes hombres jóvenes de la Nación, tuvo en su hogar altos ejemplos que imitar y no pocas cosas que aprender, bajo la sabia dirección de su señor padre; pero en el cerebro de Julio bullían ideas y en su alma palpaban nobles aspiraciones. Méjico parecía reducido campo; soñaba con la imaginación de sus pocos años y conceptuaba al mundo como Patria Universal, á la Humanidad como una familia, á los hombres como hermanos... Quería luchar, abrirse paso, conquistar por sus propias fuerzas un nombre, y se consultó á sí mismo. La respuesta no se hizo esperar: allá, al Norte de su tierra, existe un pueblo joven, poderoso, trabajador, en el que los que valen surgen.

Antes de cumplir los 21 años, marchóse á los Estados Unidos. Detúvose en la ciudad de Galveston, donde visitó á su antiguo amigo el señor cónsul de Méjico, el cual no tardó en recordar las notables aptitudes de nuestro biografiado.

Hubo el cónsul de ausentarse, pues negocios importantes en su país exigían su presencia, y, con muy buen acierto, suplicó al casi imberbe Julio Baz que se encargara de la oficina consular.

Aquí empiezan los verdaderos triunfos del joven Baz. Durante el tiempo que regentó el consulado de Méjico en Galveston, introdujo varias reformas en la oficina que le valieron los aplausos del señor cónsul á su regreso.

En la vida social fué objeto de las consideraciones y atenciones que su caballerosidad y vasta cultura exigían, siendo recibido en los principales salones de Galveston.

Dirigióse luego á Nueva York, donde permaneció por algún tiempo dedicado á perfeccionar sus conocimientos de la lengua inglesa, llegando á dominar en absoluto.

El ambiente en que se vive ejerce decisiva influencia en uno; la gran metrópoli norteamericana, con su fiebre de negocios, hízole sentirse «comerciante, especulador», algo así como un *commercial leader*, ó un *great trader*, nada extraño, en verdad, si se tiene inteligencia clara é imaginación de artista.

No juzgó, sin embargo, buen terreno á Nueva York para dar los primeros pasos en el tentador y peligroso mundo de los negocios, y se plantó en Filadelfia para trabajar por su cuenta. Mas era su sino la carrera consular; ya en Filadelfia, el señor cónsul de Méjico, sabedor de sus méritos, rogóle que aceptase el nombramiento de canciller, á lo cual accedió por galantería nuestro biografiado.

Mientras fué canciller demostró una vez más su competencia, redactando informes estadísticos de inestimable valor y regentando la importantísima oficina consular, cuando se ausentaba el cónsul, á entera satisfacción de los gobiernos mejicano y norteamericano.

Baz, espíritu aristocrático y de correctísimas formas sociales, encontró en su elemento entre el «high life» de Filadelfia, que le nombró miembro efectivo de *Clubs* científicos y de recreo.

Para este entonces convención de que la diplomacia le brindaba un halagüeño porvenir. Con tal creencia y animado de ser útil á su patria, ideó un viaje por Europa con objeto de observar de cerca los diferentes países, estudiar sus costumbres, su vida, sus elementos de progreso, etc.

El excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores de su nación, honróle con cartas para los embajadores de la República en el Viejo Continente y pudo efectuar nuestro biografiado un provechoso viaje por Inglaterra, Francia, España, Portugal, Italia y Alemania, enriqueciendo todavía más su inteligencia y cosechando justísimas distinciones y valiosas condecoraciones de los monarcas europeos.

Hoy Julio W. Baz ha ascendido en su brillante carrera y se halla en Nueva York. Nosotros saludamos en él á una de las figuras más simpáticas y de mayores prestigios de Méjico en los Estados Unidos del Norte América, y sólo deseamos que sus compatriotas aprecien sus méritos, tanto cuanto lo reconocen los extranjeros.

* * *



LA PRIMERA PENA

LA verdad es que Bernardo era un niño muy mono.

Travieso como él solo, con travesuras de ángel en vacaciones celestiales, pasaba la vida en limbo hermoso, entre gorjeos de pájaro al amanecer de un día de primavera y rumor de besos en los blancos cenitales de la cuna.

Era feliz sin necesidad de camisa prestada, que bastan los siete años para formar transparentes alitas y apartarse volando de las impurezas de abajo.

Y para que se vea lo que es la imperfección humana. A pesar de todo, Bernardo tenía ambiciones. En sus sueños infantiles de loca y delirante fantasía, le forjaba el deseo anhelos cumplidos y satisfechos de maravillas y encantos ignorados de todos, y sólo por él conocidos. Y esas maravillas y esos encantos, estaban dentro de su huella, en aquella basija de barro mal cocido, antiestética, abultada y deforme, con una pequeña abertura que traga y absorbe el ahorro ínfimo, depositándolo en su vientre, para después, liberal y generosa, saciar los deseos contenidos, aun á costa de su vida, pareciéndose á la víbora que necesita rasgar sus entrañas para que alienten los seres que alberga en su seno. Y era de ver la satisfacción que brillaba en los ojos de aquel angelote rubio, cada vez que oía el sonido metálico que acrecentaba su tesoro.

Allí estaba todo para él; era una caja de Pandora á la inversa. Como el avaro contempla codicioso el fruto de su rapiña, así el pobre Bernardino (aunque con opuestos sentimientos) se extasiaba hasta producirle vértigo y mareos de calentura, ante la hucha guardadora de sus deseos.

¡Y cómo no, si allí estaban la monedilla de plata de sus primeros palotes, el recuerdo cariñoso del santo del abuelito, el óbolo de los Reyes Magos depositado misteriosamente la noche de la leyenda, y tantas y tantas *pequeñeces* que agranda la fantasía de los primeros años!

Llegó por fin el ansiado momento de coger con las manos *la mosca blanca*, momento solemne en que el dichoso niño, contenida la respiración, suspenso en su dicha y lleno de emoción extraña, oyó los primeros golpes dados en la hucha, precursores de sus soñadas venturas sintiendo en su sér extraordinarios sacudimientos que le culebreaban en las venas, pareciéndose á Circe que, tras peligros sin cuento, logra dominar la fiera.

Con el último golpe se desbordó el venero apeteído, llenando la mesa de... rípios y hojarasca, con que substituyó al metal alguna urraca casera.

¡Qué decepción! De sobra sabía Bernardo, á pesar de su inocencia, que con clavos y hojalatas ni se adquieren palacios de esmeraldas, ni se compran imperios, y quedó aterrado contemplando por el suelo su castillo de naipes.

En confuso y revuelto torbellino pasó por su mente el mundo ideal de sus ensueños, desvanecido, roto, deshecho, y lloró, lloró de verdad por la primera vez de su vida, con lágrimas de amargura, de las que arrancan á la vejez una sonrisa entre desdeñosa y compasiva.

¡Ah! ¡cuántas huchas vacías se encuentran en el transcurso de los años!

RAFAEL FERNÁNDEZ Y ESTEBAN